



Juan A. Ortega y Medina

“Otra vez Humboldt, ese controvertido personaje”

p. 275-300

Juan A. Ortega y Medina

*Obras de Juan A. Ortega y Medina, 4. Humboldt*

María Cristina González Ortiz y Alicia Mayer (edición)

México

Universidad Nacional Autónoma de México  
Instituto de Investigaciones Históricas/  
Facultad de Estudios Superiores Acatlán

2015

344 p.

Mapa

ISBN 978-607-02-4263-2 (obra completa)

ISBN 978-607-02-6960-8 (volumen 4)

Formato: PDF

Publicado en línea: 13 de diciembre de 2019

Disponible en:

<http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/644/humboldt.html>

D. R. © 2018, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México

## Otra vez Humboldt, ese controvertido personaje

275

De vuelta de un viaje que nos retuvo fuera del país durante seis meses, un estimado colega puso en nuestras manos un librito, *Humboldt, ese desconocido*,<sup>1</sup> cuyo autor es el profesor y poeta erótico Jaime Labastida, que imparte cursos y dirige seminarios de filosofía en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. El librito citado está constituido por dos ensayos y un prólogo o presentación en la que se declara “hacer explícita, pues, la condición polémica de los dos textos” o ensayos en cuestión. El intento (“mérito”<sup>2</sup> escribe el autor) es “el apartarse de la visión trillada y común que del científico alemán se nos ofrece; son implícitamente polémicos, pues rechazan el nacionalismo con el que se ha examinado al autor del *Ensayo político sobre el reino de la Nueva España*”.<sup>3</sup> El abordaje crítico de Humboldt por el lado casi inédito, el científico, nos parece muy bien salvo esa ardorosa presunción de querer *rechazar* al Humboldt mexicanista descubierto por otros autores (no por nosotros ciertamente) para

1 Jaime Labastida, *Humboldt, ese desconocido*, México, Sep-Setentas, 1975.

2 *Ibid.*, p. 10.

3 *Ibid.*

sustituirlo por el Humboldt científico y metodológico, el único auténtico y aceptable según el profesor de filosofía. Recurriendo a una interpretación que se nos antoja pseudológico-dialéctica, Jaime Labastida nos presenta la tesis del Humboldt nacionalista frente al cual opone su antítesis de un Humboldt científico para que se nos haga viable la síntesis conceptual de un método humboldtiano aplicable a la ciencia de nuestro tiempo y utilizable, sobre todo, para la realidad mexicana de hoy día. Lo que está por verse. No acabamos de comprender por qué se ha de montar una nueva interpretación temática o científica mediante el derrumbe y aniquilación, si es posible, de las tesis previas. Al hacerlo así contribuimos a perpetuar y hacer cierta la observación profunda y amargamente irónica de aquel crítico a quien la realidad cultural mexicana se le presentaba como una inacabada tela de Penélope, pues cada recién llegado procura ante todo destruir lo construido o interpretado por otros con anterioridad.

Escribe el profesor Labastida quince páginas (de la 16 a la 30) de alegatos antiorteguianos; de censuras contra nuestro “Estudio preliminar” a la edición del *Ensayo político* novohispano,<sup>4</sup> y aunque en esas quince páginas sus tiros van también contra otros intérpretes de Humboldt, como más adelante podrá ver al lector, el fuego concentrado del crítico se dirige exclusiva y casi fundamentalmente contra nosotros. El carácter polémico del prólogo viene a ser como una declaración de guerra contra nuestra “limitada” concepción de Humboldt, y como de lo que se trata es de luchar contra esa tendencia, conscientemente minimizadora de las muy pregonadas aportaciones científicas humboldtianas, el profesor Labastida rompe abiertamente contra nuestro “Estudio preliminar”. El ataque es, pues, directo, sin tácticas dilatorias: salvar a Humboldt de los juicios heterodoxos con que Ortega y Medina ha pretendido desacreditar al barón y disminuir sus méritos científicos.

Descalificar a los forjadores del Humboldt nacionalista hubiera sido facilísimo para el profesor Labastida si no nos hubiera encontrado obstaculizándole la maniobra, dado que nosotros, aunque reconocemos los valores científicos del sabio alemán, y eso lo analizaremos más adelante, hemos sostenido y seguiremos sosteniendo que sus aportaciones científicas y metodológicas son tan sólo precursoras de la ciencia de la segunda mitad del siglo

4 México, Editorial Porrúa, 1966 (“Sepan cuantos...”, 39). Ésta es la edición del *Ensayo* que citaremos en lo sucesivo.

XIX; atisbos geniales, aproximaciones brillantes y nada más. Hoy por hoy y en función de los materiales humboldtianos de que disponemos ésta es la verdad o imagen científica que podemos recrear. Acaso mañana, cuando se investigue en las grandes bibliotecas y archivos de Europa y Estados Unidos; cuando los nueve volúmenes inéditos sobre las notas de viaje de Humboldt por América que se hallan en la Biblioteca Estatal del Berlín oriental, cuando todas las obras menores del sabio se hayan reunido y estudiado y cuando se recojan las innumerables cartas esparcidas por el mundo entero,<sup>5</sup> entonces podremos acaso recrear científicamente otra imagen del gran viajero, aunque mucho lo dudamos.

Justamente nuestra imagen previa de Humboldt es la que, según parece, molesta en extremo al profesor Labastida, pues de no ser así no sabemos cómo podrá explicarse la manifiesta hostilidad que muestra al “Estudio preliminar” ya citado. Quedamos sorprendidos por una crítica poco o nada constructiva que se realiza, nada menos, a los nueve años y pico de haber sido elaborado nuestro prólogo y anexos y a los quince de haber aparecido nuestro *Humboldt desde México*.<sup>6</sup> Al leer el agresivo proemio del profesor Labastida nos preguntamos: ¿qué hondo y lejano resentimiento intelectual ha llevado al expreso polemista a esperar tanto tiempo para evacuar la que él estima, sin duda, como contundente, como demoledora crítica? Desde luego nueve años y pico (o quince) deberían ser ya muchos años para prestar atención al entuerto crítico del profesor Labastida; pero no podíamos dejar pasar no tanto los desahogos en contra nuestra sino el intento frustráneo de recrear una nueva imagen de Humboldt que nulifique todas las anteriores; que borre de un plumazo el perfil del Humboldt trazado por la conciencia histórica mexicanista.

En noviembre de 1971 publicó el profesor Labastida la *Revista de la Universidad de México* (núm. 3, noviembre) un avance de lo que iba a constituir su prólogo a la edición del libro de Humboldt, *Vistas de las cordilleras y monumentos de los pueblos indígenas de América*. En la nota 11 alaba el prologuista el acierto nuestro de relacionar a Humboldt con el paisajista José María Velasco, nota que incluye en la edición de su *Humboldt, ese desconocido* (p. 87), ahora bajo el número 15 y que suponemos aparece también en su edición de

5 Cfr. Miguel S. Wionczek en su introducción a la edición de las *Tablas geográficas políticas del reino de la Nueva España*, México, Dirección General de Estadística, 1970.

6 México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1960.

las *Vistas*; obra fantasma que no hemos podido consultar en ninguna de nuestras grandes bibliotecas y cuya distribución constituye un hermético secreto para nosotros. En otra de la página 108 del citado libro del profesor Labastida se nos alude sin falta ni exceso de sal crítica. Lo curioso del caso, por lo que respecta a la nota primera indicada, es que se relega nuestro comentario al pie de página aunque dicho comentario o tesis le haya servido al profesor Labastida, si bien mutilado, para sus lucubraciones sobre una teoría del paisaje inspirada originalmente en nuestro *Humboldt desde México* (1960) y ratificada posteriormente con lo poquísimo que se escribe al respecto Charles Minguet (al que cita) en su *Alexandre de Humboldt* (París, 1969). La petulancia del profesor Labastida le lleva en la página 53 (n. 32) de su libro a escribir que en un segundo ensayo “[se] ocup[a] de los problemas referentes a la concepción que del paisaje tenía Humboldt”, y cuando uno lee cuidadosamente las páginas con que aborda el problema del paisaje (83-87), observa que se le ha olvidado indicar al citado profesor el antecedente goethiano (*El tratamiento artístico de los temas del paisaje*) y la serie mexicana de reflexiones sobre el tema (recogidas en nuestro *Humboldt desde México*), iniciada por Francisco Sosa, continuada por Carlos Pereyra, recreada por Moreno Sánchez (a éste sí lo cita, pero de paso) y redondeada magistralmente por Edmundo O’Gorman en su explicación de la teoría humboldtiana sobre la contemplación y el goce. Pero el profesor Labastida estimó indudablemente que era más notorio sentar plaza de erudito citando a Charles Minguet (p. 84) para reforzar su refrito interpretativo con dos renglones y medio en francés<sup>7</sup> o para disimular su apropiación de tesis ajenas, sin caer en la cuenta de que la somera idea del historiador galo sobre dicho tema fue anticipada por las de nuestros historiadores mexicanos.

La jactancia del profesor Labastida corre pareja con su inmodestia. Expresa de sus trabajos que son “modestos en su enfoque” (p. 10); modestia peculiar la suya pues que remite constantemente al lector a su obra capital y lo hace a veces con una pedantería de dómine que causa risa. Así, en la página 40 (n. 15) no se limita, como frecuentemente se hace, a indicar al lector una referencia propia, sino que escribe de esta suerte: “Sobre la Tierra como el ‘centro’ del universo, *es conveniente consultar* [...] mi trabajo *Producción, ciencia y sociedad*..., en especial el capítulo VII, apartado a y b”. Que el profesor

7 La cita corresponde a la p. 571 de la edición de París.

Labastida tenga tan buena opinión de su obra como lo muestra la nota citada no es que sea censurable; pero lo que resulta ridículo es insistir tan machaconamente como él lo hace en autorreferencias (p. 26, 39, 40, 53, 85, 153...).

Además, el profesor Labastida regaña velada o manifiestamente, según el caso, a casi todo el mundo; siempre tiene un pero que oponer a los trabajos ajenos; lo que no le impide, sin embargo, montar sobre los desvelos y logros de otros investigadores los suyos propios. Tal le ocurre en su comercio intelectual con nuestro libro y prólogo humboldtianos y, sobre todo, con el ensayo de Roberto Moreno de los Arcos relativo a los cinco soles cosmogónicos, dándose no obstante el lujo de censurar al autor consultado indicando que la interpretación que él da del mito solar “difiere de modo sustancial de la presentada por Moreno, que concuerda, por decirlo así, con la ‘tradicional’” (p. 129, n. 80). Mas el lector que lea cuidadosamente la tesis de Moreno y la compare con la de Labastida (p. 125-153) notará en seguida no solamente lo que el segundo debe al primero en información bibliográfica, sino también y más censurable lo mucho que le adeuda en más de un tópico. León-Portilla no se escapa de un tirón crítico (p. 145, n. 97) por sustentar el criterio de que el mito solar citado expresa “la exigencia lógica de la fundamentación de los mundos”; Lemoine Villicaña es amonestado por considerar que un memorial póstumo de fray Antonio de San Miguel “es una ‘pieza clave’, ‘un cabo suelto’ [...] para entender nuestra guerra de Independencia” (p. 27, n. 33); a Kirchoff se le censura un tanto amablemente por haber utilizado la edición incompleta de los *Sitios de las cordilleras* realizada por B. Giner (p. 94, n. 22), y O’Gorman es criticado en forma directa por cierto parcialismo (p. 97, n. 24) y veladamente (p. 51 y 53) a cuenta del típico romanticismo herderiano que él observó en la personalidad y escritos de Humboldt. Al geógrafo norteamericano Stevens-Middleton no le perdona que haya considerado al científico prusiano como un geógrafo a secas,<sup>8</sup> pues según Labastida, y esta vez está en lo cierto, Humboldt fue algo más que un simple geógrafo (p. 14); pero el problema por resolver es si el autor norteamericano cumplió o no con su tarea de ver en Humboldt al iniciador de la geografía moderna. Nosotros estimamos que sí cumplió, y con creces, y por lo mismo parece desorbitado que se critique a alguien no por lo que hizo de acuerdo con su programa previo, sino por lo

8 En *La obra de Alexander von Humboldt en México, fundamentos en la geografía moderna*, México, 1956.

que no hizo. Para el profesor Labastida el *Ensayo político* novohispano es ante todo una obra de economía política (p. 15), idea que ya se apunta y explicita en el libro de José Miranda, *Humboldt y México* (México, 1972, *passim*) que el crítico utiliza aunque sin indicar procedencia; cosa habitual en él cuando se trata de obtener fondos de la obra del historiador asturiano. Se nos ocurre además pensar que si no tuviéramos la interpretación de Stevens-Middleton no podríamos comprender cabalmente el *Ensayo político* porque nos faltaría la visión y realización geográficas de Humboldt, quien tanto contribuyó al progreso de la geografía. Empero aquí es donde parece que le duele más al profesor Labastida, supuesto que al considerar, como lo hace el geógrafo norteamericano, que los trabajos geográficos de Humboldt tuvieron “una enorme trascendencia para el progreso de la ciencia geográfica”<sup>9</sup> está revelando y apoyando nuestro punto de vista sobre los “atisbos geniales” del científico alemán, a los que nos referimos hace ya quince años en nuestro *Humboldt desde México* (p. 179), y que parecen molestar mucho al profesor Labastida por lo que tales atisbos tienen exclusivamente de precursores científicos. Para rematar esta sección y para que se vea que el severo crítico no muestra únicamente su inconformidad con los modernos sino también con los antiguos, la emprende de paso contra el protomédico de Felipe II, Francisco Hernández, por utilizar éste en su clasificación de plantas “criterios demasiado vastos desde el punto de vista taxonómico” (p. 60); es decir, por no hacer lo que hizo Linneo en el siglo XVIII; que vendría a ser lo mismo, pongamos por caso, que reprender a Plinio por no haber utilizado el método dubitativo cartesiano.

## II

Acerquémonos ahora al estudio crítico que hace el profesor Labastida de nuestro prólogo al *Ensayo* y examinemos primeramente nuestros supuestos deslices, errores y “tergiversaciones”, los cuales se complace nuestro censor en airear y subrayar con indisimulada satisfacción. Se nos acusa (p. 10, n. 1) de no haber leído el texto de las *Vistas de las cordilleras* y de no habernos preocupado tampoco del *Cosmos* (p. 9); pero cualquiera que maneje nuestra edición del *Ensayo* comprobará que conocemos ambas obras y las citamos cuando es necesario (la primera en la edición incompleta de B. Giner), si bien escapan

<sup>9</sup> *Ibid.*, p. 12.

a un enfoque más determinante y fecundo puesto que por entonces no eran objetos exclusivos de nuestra atención intelectual.

En la página 16 de su libro subraya el profesor Labastida, mediante una significativa interrogación, la aparente contradicción (evidente para él) entre considerar al *Cosmos* como la síntesis universal de la ciencia de fines del siglo XVIII y la aparición de la obra en 1845; de aquí su elocuente y delator interrogante. En efecto, el primer volumen del *Cosmos* fue publicado en dicho año por el ya “viejo” Humboldt (76 cumplidos), tan semejante al “joven” (p. 48), y en esto nos encontramos completamente de acuerdo con el crítico, y nos parece, en efecto, maliciosamente infantil por parte de éste siendo como es tan hábil en espigar entre líneas, que no haya caído en la cuenta, o, mejor, que no haya querido caer en ella, de que en la página CXVIII de nuestro “Anexo I” se indica en la entrada correspondiente al año de 1845 la aparición del primer volumen del *Cosmos* (*Kosmos-Entwurf einer physischen Weltbeschreibung*, Stuttgart y Tubinga). Resulta pues más que necio por parte del crítico el querernos exhibir como ignorantes o incongruentes ante el lector por considerar al *Cosmos*, según repetimos líneas arriba, una obra dieciochesca publicada no obstante durante la primera mitad del siglo XIX. Pero el *Cosmos* representó y sigue representando aún hoy, en tanto que cosmovisión kantiano-humboldtiana la síntesis universal del pensamiento ilustrado europeo a pesar de haber aparecido en el año citado; es decir con un retraso cronológico asaz grande. Mas si para el profesor Labastida, como copiamos líneas arriba, no hay diferencia entre los dos Humboldts, el joven y el anciano, no sabemos por qué tiene él que dar más importancia a la invención calendárica que a la concepción y realidad culturales. Lo que intenta Labastida es trocar nuestro juicio valorativo en rigorismo y precisión cronológicas. El *Cosmos* es simultáneamente el fin y la culminación de una gran época; realización única y perfecta de la ilustración y del romanticismo; de la época del gran Goethe, como algunos alemanes gustan expresarse, que abarca desde mediados del siglo XVIII hasta la mitad del siglo XIX.

Tiempo cultural y tiempo cronológicamente medible, cronometizable y almanaquizable son dos cosas distintas, porque de no serlo sería tanto como admitir que el ciclo ilustrado comenzó exactamente el primero de enero de 1701 y terminó el 31 de diciembre de 1800. Empero la cronología histórica, que no el tiempo (en tanto que duración) o las épocas históricas, es algo arbitrario, mensurable, valorativo, metódico y utilitario que se añade a la *Historia*;

mas que de hecho no pertenece intrínsecamente a la *historia*. Tememos que le acontezca al señor Labastida lo que al héroe zarzuelero, según cuenta Ortega y Gasset, que ante la popular expectación del tenso auditorio exclamaba así: “Amada mía, parto para la guerra de treinta años”.

Que el *Cosmos* haya aparecido en 1845 nada quita que sea la *summa* científica de la ilustración europea o dieciochesca cuyos límites culturales –a pesar de la clave numérica– sería absurdo confundir con los estrictamente convencionales o cronológicos. En esta obra queda sintetizada con admirable precisión la visión de un universo racional, bello y justo, idea que, como escribe O’Gorman, se desprende “de aquel gran nudo filosófico que es Kant, de esa conjunción y hermandad de la razón pura, de la razón práctica y de la razón bella”.<sup>10</sup>

La tercera falla nuestra queda descubierta por el profesor Labastida al preguntarse mediante un interrogativo “por qué”, qué razones tuvimos para dar la fecha que dimos en nuestro “Anexo I” de la inauguración en 1803 del famoso *Caballito*. La respuesta es simple, porque de acuerdo con las fuentes que encabezan dicho anexo (“Cronología humboldtiana”), en donde por primera vez se intenta de un modo sistemático desarrollar el *curriculum vitae* de Alejandro de Humboldt: tal es la data que obtuvimos. De todo investigador es conocido que una biocronología sistemática y exacta de un personaje es una empresa muy difícil de realizar en un primer intento, salvo excepciones, y que solamente tras tenaces y contantes investigaciones se van puliendo los datos, afinando las fechas y corrigiendo errores. Tal vez una posible (no segura) rectificación en nuestra cronología se apunta en la edición de las *Tablas novohispanas*<sup>11</sup> y, por supuesto, no se ha hundido todavía la tierra bajo nuestros pies. Si el profesor Labastida está interesado en mejorar nuestra cronología humboldtiana, crea en efecto que todos los humboldtistas nacionales y extranjeros le estaremos muy agradecidos. Mas ahora una pregunta: ¿en qué sentido podría cambiar el contenido y significado de nuestro “Estudio preliminar” con una rectificación tan sencilla en el “Anexo I”? Humboldt pudo o no pudo estar presente en la inauguración de la estatua;<sup>12</sup> pero si el señor Jaime Labastida se interesa en precisar el dato, ¿por qué no se pone a averiguarlo?

10 Cit. Por nosotros en nuestro prólogo, p. X. [p. 140 de este volumen]. Véase también en Edmundo O’Gorman: *La idea del descubrimiento de América*, México, 1951, p. 253.

11 *Tablas geográficas políticas del reino de Nueva España...*, México, Dirección General de Estadística, 1970, p. 101, n. 2.

12 Véase nuestra data en la nota 24 (p. 226) del *Ensayo político*.

Desde luego, y ahora no hablamos en condicional sino en presente, es mucho más grave el error en que el profesor Labastida incurre (así se deduce de su nota) cuando imagina porque lo ha leído acaso mal y pues lo ha malinterpretado en las *Vistas de las cordilleras*, que el traslado de la estatua de Carlos IV, que Humboldt vio, coincidió con la inauguración del monumento (p. 11, n. 1), siendo que fueron dos fechas distintas.<sup>13</sup> Lo que escribe Humboldt en sus *Vues des cordillères* (París, Librairie Grecque, 1816, I, p. 59) es lo siguiente: “J’ai assisté au transport de cette masse énorme, depuis l’endroit de sa fonte jusqu’à la Plaza Mayor. Elle a traversé une distance d’environ seize cents mètres en cinq jours”. En este texto<sup>14</sup> lo único que asegura Humboldt es que estuvo presente en el traslado de la estatua, el cual se hizo gracias a una ingeniosa maquinaria inventada por Tolsá. Fue, sin duda, todo un espectáculo para la “gente de razón” de la ciudad y sobre todo para los léperos, zaragates y guachinangos (denominaciones que recogió Humboldt) que pululaban en la misma; espectáculo pintoresco y, por cierto, bastante parecido al que pudimos gozar hace ya algunos años cuando se trasladó el llamado Tláloc desde su barranca de origen a su actual emplazamiento a la entrada del Museo de Antropología e Historia.

También nos ataca el profesor Labastida, y con indisimulada ironía, porque, según él, trocamos el ateísmo de Humboldt en fe deísta (p. 16). Pero nuestro crítico oculta al lector que el científico alemán, como lo escribimos en nuestro prólogo, en tanto que representante de la ilustración más radical se situó por decirlo así, en la extrema izquierda de la misma, caracterizada “por su extremismo racionalista, su liberalismo a ultranza, su fisiocratismo neto y su anticlericalismo” (p. IX). Cinco páginas adelante, también en nuestro prólogo, exponemos que el Humboldt juvenil, deísta en sus comienzos, dio paso al Humboldt librepensador “indiferente frente a los problemas metafísicos y religiosos” (p. XIV). Y cuatro renglones más abajo caracterizamos a Humboldt no ya como deísta ni como ateo sino como un *esprit fort*; esto es, como

13 La estatua ecuestre de Carlos IV fue terminada en fundir el 2 de agosto de 1803 en la huerta del Colegio de San Jerónimo y fue trasladada a su emplazamiento a la plaza de armas (Zócalo actual) el 29 del mismo mes. Humboldt, por supuesto, estuvo presente en el traslado según él mismo nos confiesa.

14 No aparece traducido este comentario en la edición de B. Giner (*Sitios de las cordilleras*) y, por consiguiente, tampoco incluye la lámina tercera con la perspectiva de la plaza dibujada por Jimeno (1796), donde aparece el primer *Caballito* provisional de madera y estuco, que fue inaugurado por el virrey Branciforte el 9 de diciembre de 1796 para celebrar el cumpleaños de la reina María Luisa, esposa de Carlos IV.

un hombre que no hace motivo ni tema de su preocupación intelectual a los problemas teológicos derivados de la creencia en la existencia o no existencia de Dios. Para Humboldt como para Kant, y ello sea expresado en el lenguaje electrónico de nuestro tiempo, la computadora cerebral humana no estaba cebada o programada para responder a ciertas preguntas. Por lo tanto resulta inútil acusarnos de trocador por no profundizar nuestro censor en el contenido histórico-semántico de la palabra *esprit fort*.

Prosiguiendo con sus minucias críticas el profesor Labastida nos reprocha el haber tergiversado el sentido de las expresiones de Hanno Beck, biógrafo de Humboldt, porque remitimos al lector a la página 221 del texto de aquél y sostenemos al mismo tiempo, en forma discrepante, que “según parece [manera cauta de manifestar nuestra inconformidad con el biógrafo], al botánico Haenke debió Humboldt la idea de la geografía de las plantas y de la pasigrafía, y no a Caldas ni a Mutis” (p. XXVII). En el párrafo de Beck, que no entrecomillamos ni glosamos y ni siquiera aludimos, se lee que “Humboldt no debía las ideas [indicadas] ni a Caldas ni a Haenke”. Ahora bien ¿discrepar es tergiversar? Asimismo pone en duda el profesor Labastida que Humboldt “conociera, si es que los conoció, los trabajos de Tadeo Haenke en Lima” (p. 18, n. 14). Pero es el caso que la fuente de Labastida sobre tal punto es precisamente Hanno Beck, quien escribe que “cabe admitir con seguridad que Haenke y Humboldt [...] estuvieron en contacto ya sea por correspondencia o por medio de algunas otras personas”.<sup>15</sup> Por supuesto, en la pequeña Lima del año del Señor de 1802 ni aun proponiéndoselo hubieran evitado los dos sabios alemanes al encontrarse, cambiar impresiones y recordar los días de Viena, ciudad en la que ambos vivieron y se conocieron. Más todavía, en Madrid examinó Humboldt parte del herbario de Haenke.

Por lo que toca ahora a la afirmación del profesor Labastida de que Humboldt expuso a Schiller la idea de la geografía de las plantas en 1794 (p. 18, n. 14) la aserción no nos parece muy fundada porque de hecho lo que expone el joven sabio al poeta en la carta ya famosa es más bien el proyecto de una historia de las plantas o, como escribe a su amigo J. F. Pfaff, una *Noticia histórica de la paulatina expansión de las plantas sobre el suelo terrestre*,<sup>16</sup> idea que

15 En su *Alexander von Humboldt* (traducción de C. Gerhard), México, 1971, p. 220.

16 Carta del 12 de noviembre de 1794. Cfr. Carl Pfaff, *Sammlung von Briefen gewechselt zwischen J. Fr. Pfaff und [...] Alexander von Humboldt*, Leipzig, 1853, p. 237.

había recibido Humboldt a través de la sugerencia involuntaria de Calos Luis Willdenow, autor de la *Flora de Berlín* y coautor con el propio barón de algunos ensayos sobre botánica. Lo que sí escribió Humboldt en 1793 fue su acreditada *Flora subterránea de Freiberg*, fundamento a la larga de la geografía botánica que habría de crear posteriormente, donde describe 250 especies de criptogramas. Esta obra atrajo la atención del mundo científico de entonces sobre Humboldt y le procuró su contacto con Goethe. Para llevar a cabo Humboldt su investigación sobre dicha flora, siguió el ejemplo de las lecciones de Kant sobre geografía física, estableciendo al igual que éste la diferencia entre la pura descripción de la naturaleza y su verdadera historia. Lo mismo que el filósofo y geógrafo, se hallaba Humboldt convencido de que la expansión de las plantas sobre la tierra en épocas pasadas no había sido la misma que hoy presenta. Aunque Humboldt creía en un desarrollo de la vegetación sobre la tierra, esto no significa que anticipase o presintiese la teoría de la evolución –así, por contra, lo cree el profesor Labastida– puesto que más bien era partidario, por entonces, como su contemporáneo Cuvier, de la “teoría de la catástrofe”. Sin ser un evolucionista podía así Humboldt aceptar la idea de una verdadera historia de la vegetación. Primeramente en Jena y después en Weimar entraron en contacto dos mentes científicas muy afines, puesto que las dos pertenecían a morfólogos intuitivos, que hasta podían ver ideas (el modelo protoplanta diderot-goethiano, por ejemplo). Por ello es que la geografía botánica de Humboldt está organizada según los mismos principios morfológicos que Goethe había estudiado, desarrollado y expuesto desde comienzos de la década de los ochenta en su *Metamorfosis de las plantas* (1790), entre otras obras. Así, pues, la morfología dinámica la aprendió Humboldt de Goethe durante sus dos estadias en Jena (1794) y en la primavera de 1797.<sup>17</sup>

Esta larga explicación ha venido a cuento porque creemos que Tadeo Haenke bebió en las mismas fuentes kantianas y goethianas de Humboldt, que su prioridad exploratoria por tierras americanas da derecho a suponer con suma probabilidad que la idea de la geografía de las plantas surgió de su experiencia botánica por la orografía peruana. Si consideramos, en efecto, que el padre Diego Cisneros puso en las manos de Humboldt los manuscritos de Haenke sobre las herborizaciones de éste por la sierra de Cochabamba, la

17 Vid. Adolf Meyer-Abich, *Alexander von Humboldt*, Bad Godesberg, Inter Nationes, 1969, p. 28, 29, 31, 35, 36.

sospecha se trueca en certidumbre dado que estos trabajos se refieren a la distribución de las plantas de acuerdo con los distintos niveles hipsométricos. Podríamos también considerar de acuerdo con los hermanos Gicklhorn que Haenke pudo muy bien ser el precursor más notable de Humboldt en cuanto a importantes actividades científicas.

El profesor Labastida no se para en barras con tal de fulminarnos con sus rayos críticos; por ejemplo, al final de su nota 14 (p. 18) escribe que “Ortega y Medina no vacila en *insinuar* el plagio”, y remite al lector para más adelante. Nos desplazamos pues lectura adelante las páginas necesarias y nos encontramos con que el primer insinuator o denunciante del presunto plagio humboldtiano fue el filósofo Samuel Ramos, al que glosa el crítico del modo siguiente: “la acusación esta apenas insinuada: en tanto que no cita a esos sabios que secretamente le han proporcionado información [para el *Ensayo*] Humboldt es un plagiario” (p. 21). A este comentario, inferido con demasiada malicia, suma a continuación el que realiza sobre el texto del profesor Rafael Moreno (quien responsabiliza abiertamente a Humboldt –según Labastida– y lo acusa de plagiario), siguiendo para ello el denodado campeón humboldtiano el método de la inferencia que tan buenos resultados le ha dado con Ramos (p. 22). Después de haber exhibido en la picota crítica a estos dos supuestos enemigos de Humboldt comenzamos nosotros a ser intelectualmente desnudados y azotados por nuestro atrevimiento de considerar que el *Ensayo* novohispano fue “simplemente el resultado del *fabuloso diálogo* entre los sabios del Virreinato y el gran estimulante y receptor Humboldt” (p. XLV).<sup>18</sup> El profesor Labastida debiera haberse percatado de que nuestra idea resume o sintetiza las expresadas por dos destacados historiadores mexicanos, las cuales hicimos nuestras y quedaron estampadas respectivamente en nuestro prólogo: “encuentro venturoso de Humboldt y México”, “reconocimiento de la Nueva España y encuentro con la sabiduría ilustrada del siglo” (José Miranda);<sup>19</sup> “culminación del movimiento moderno mexicano” pues el *Ensayo* es “la última gran obra de la ilustración mexicana” (Rafael Moreno).<sup>20</sup> Y como no nos gusta alardear de ideas que no nos pertenecen, advertimos al profesor Labastida que una frase que él nos atribuye y, por supuesto, censura, que

18 Esta afirmación de Ortega se encuentra en la p. 269 del presente volumen. [Nota del editor.]

19 *Cfr.* Prólogo al *Ensayo*, p. XLV [p. 269 de este volumen].

20 *Ibid.*

Humboldt y los ilustrados novohispanos habían bebido en las mismas fuentes (p. 21), fue feliz y certeramente forjada por Miranda y aceptada y registrada por nosotros en nuestro prólogo.<sup>21</sup> La falsa atribución debemos achacarla a una lectura rápida de nuestro “Estudio preliminar” por parte del profesor Labastida, o tal vez al embarullamiento producido en él por la lectura del libro de Miranda, tan utilizado como escamoteado por el crítico. Veámoslo ejemplarmente: se pregunta indignado por qué se le ha de regatear el mérito científico a Humboldt y “¿por qué disminuir el mérito de quien reveló las condiciones económicas atrasadas de la colonia?” (p. 28), condiciones que prevalecieron a lo largo de todo el siglo XIX. Honradamente hay que decirlo: si el profesor Labastida fuera consecuente consigo mismo y con sus lecturas debiera haber reconocido el testimonio crítico de José Miranda, que analizó en su obra las profecías cumplidas de Humboldt a este respecto. Ningún autor mexicano ha rebajado los méritos científicos de Humboldt y, antes bien, durante el siglo XIX y buena parte del XX, lo que se hizo fue sobreestimarlos en demasía. Por lo que a nosotros toca, los hemos considerado, según creemos, en su justo nivel, pero por lo que se refiere al profesor Miranda, nadie como él para exaltar los aciertos sociológicos y económicos de Humboldt y para alabar la ecuanimidad con que el viajero prusiano pronosticó muchas cosas que, sin duda, resultaban desagradables para la administración imperial, sin que la proverbial cortesía del barón y su agradecimiento de hombre bien nacido le impidiesen denunciar los vicios políticos y económicos y sociales del, para él, caduco sistema colonial.

Lo que irrita y desasosiega a nuestro inexorable crítico es lo del “fabuloso diálogo”: “¿qué quiere decirnos, pues, la expresión [...]? Nada o muy poco” (p. 26). Y a continuación se sale por la tangente interpretando nuestra frase, no en función de su intencionalidad apolítica, de su contenido y cargazón científicos, sino de las inferencias revolucionarias (independencia) que él extrae o deduce sin que le hayamos dado pie para ello. Nuestro propósito al escribir la citada frase no fue el que discurre el profesor Labastida, puesto que para poder nosotros probar e ilustrar de modo conveniente el contenido intencionalmente científico de la flagelada frase nos tomamos la benedictina tarea de indagar, extraer, completar y estampar nuestro “Anexo II” los registros de 136 manuscritos novohispanos, los de 90 mapas y cartas geográficas his-

21 *Ibid.*

pánicos y los de las 147 obras impresas que utilizó Humboldt para pergeñar su *Ensayo político*. Nuestro ensayo demuestra que nosotros no acusamos a Humboldt de plagio y, por consiguiente, que el barón de Humboldt no plagió a nadie.<sup>22</sup> El citado anexo prueba, pues, que el científico prusiano no si-

- 22 El historiador francés Charles Minguet (*op. cit.*, p. 277), más generoso y cordial que Jaime Labastida, escribe sobre nuestro “Anexo II” lo siguiente: “Aussi ne peut-on que se féliciter du grand travail d’éclaircissement accompli depuis peu par Juan A. Ortega y Medina. Dans son édition de l’*Essai politique sur la Nouvelle-Espagne*, Ortega y Medina s’est appliqué à reconstituer les sources de l’ouvrage, qui sont très nombreuses. Il a réussi à identifier environ cent cinquante manuscrits et une centaine de cartes de cartes ou de travaux géographiques et cartographiques, et environ cent cinquante imprimés, tous écrits par des Espagnols ou des Hispanoaméricains et dont une grande partie sont du XVIIIe siècle”.

Como a la ocasión, según reza el refrán, la pintan calva, nos aprovechamos de la oportunidad que nos ha dado Charles Minguet para agradecerle su elogio y al mismo tiempo, en nota como él asimismo hace, defendernos de una crítica (*op. cit.*, p. 283, nota 77) que aún no acabamos de entender bien del todo.

“Nous tenons à exprimer ici notre total désaccord avec les jugements de Juan A. Ortega y Medina, qui, dans l’étude préliminaire de sa très belle édition espagnole de l’*Essai politique sur la Nouvelle-Espagne*, reproche à Humboldt le caractère superficiel et précipité de ses travaux scientifiques, ainsi que le *manque de sutéré* de son optique. L’auteur fait grief à Humboldt de n’avoir pas su découvrir en Bolívar le libérateur de l’Amérique du sud! Reproche sans aucun fondement, et qui dénote une totale méconnaissance des conditions dans lesquelles Humboldt a fait la connaissance de Bolívar”.

No insistiremos sobre el cientificismo humboldtiano después de todo lo que llevamos dicho; pero sí lo haremos con el reproche de Minguet fundado en nuestro desconocimiento de las condiciones en las que Humboldt conoció al joven Bolívar: madurez y sapiencia por un lado, juventud y frivolidad por el otro. Empero, tales circunstancias, amén de otras muchas más que podrían añadirse para explicar, si no la ceguera, la indiferencia e incluso la apatía del sabio alemán frente al jovencito criollo, nada quitan ni disminuyen nuestra afirmación sobre que Humboldt no entendió al libertador futuro. Para demostrarlo recurriremos a los datos que nos proporciona nuestro crítico; la carta de Fanny de Trobiand y Ariteguieta escrita a Bolívar en 1826, en la que comunicale que ella no sabe cómo es que el barón se dice amigo suyo: “à l’époque où le succès de votre entreprise était douteux lui et monsieur Delpech étaient vos détracteurs les plus zélés...” (p. 283). Y a continuación comenta Minguet y nos deja asombrados: “il n’est pas douteux que ce passage renferme une grande part de vérité. *Humboldt n’a pas cru a Bolívar*” (p. 284, cursivas nuestras). La otra fuente que utiliza Minguet y que confirma asimismo nuestra tesis es la confesión que el propio Humboldt le hizo en Berlín (1853) a O’Learly, la cual, por su extensión, sólo nos permitiremos glosar aquí: En dicha confesión confirma el octagenario barón nuestro nuevo punto de vista: él sólo vio en Bolívar a un joven soñador y nunca creyó que él podría llegar a ser jefe de la cruzada americana. Más aun, Humboldt, reconoce que se equivocó: “Je reconnais que je me suis trompé alors, lorsque je le jugeai comme un homme puéril

lenció sus fuentes intencionalmente; de modo que el profesor Labastida podría haberse ahorrado tanta alharaca, tanta fingida indignación y tanta malévolamente censura, si hubiese repasado o leído con cuidado el suscitado anexo. ¿A quién le exige irónicamente la prueba veraz sobre el silenciamiento de las fuentes denunciadas por Ramos y Moreno? Desde luego a nosotros no (p. 23).

Pese todo lo ya dicho, el intento más negro por parte nuestra, de acuerdo con el profesor Labastida, ha sido “denigrar a Humboldt para elevar la colonia” (p. 29): para revalorarla (p. 21). Bueno, y nos preguntamos y demandamos al mismo tiempo al lector imparcial y sensato: ¿Qué tiene de malo nuestro propósito revalorativo si éste es demostrable y no imaginable? Lo antihistórico sería no poder probar tal operación y pasárnosla de listos o jugárnosla a lo maniqueo, como piensa nuestro crítico (p. 29). Lo único que queremos ahora añadir es que si la colonia ha sido hasta el día de hoy considerada general y superficialmente como irracional, y juzgada y después condenada por la conciencia liberal en función de esa extremada y patente calificación, ello no quiere decir que los hombres que la constituyeron y vivieron fueran entes irracionales o que conceptuaran a su época como irracional. Parodiando a Marx y esperando que el señores Labastida nos perdone tamaño desacato, nos atrevemos a decir que resulta demasiado cómodo alardear de crítico marxista a costa de la colonia.

Lo que llama al profesor Labastida nuestros intentos de revalorar a la colonia tuvieron por objeto no tanto esa supuesta revaloración sino el contrastar, y así puede leerse en nuestro prólogo,<sup>23</sup> el sistema imperial hispánico en relación con las ideas de un hombre liberal, burgués y científico como lo fue Humboldt. Las críticas explícitas e implícitas, expresas o latentes de éste contra la

---

(unreifen Menschen; un homme peu mûr), incapable d'une entreprise aussi féconde que celle qu'il sut mener à un terme glorieux” (p. 284). Por contra, admite Humboldt, Bonpland sí juzgó favorablemente al venezolano y lo estimuló incluso delante de él mismo, por lo cual pensó Humboldt que Bonpland también deliberaba como joven al caraqueño; pero, concluye el barón, “celui qui délitrait, ce n' était pas lui [Bonpland], mais moi-même, qui très tard en vins a comprendre mon erreur au sujet du grand homme, dont j'admire les actes, dont l'amitié m'honora, et dont la gloire appartient au monde” (p. 284).

A confesión de parte relevo de prueba, y aunque Charles Minguet resulte con su crítica más humboldtista que el propio Humboldt, nosotros seguiremos sosteniendo que al tiempo de los primeros contactos parisinos el barón sapiente no supo descubrir en aquél, al parecer frívolo joven, al impetuoso y romántico revolucionario: al futuro *libertador*.

23 Prólogo al *Ensayo*, *passim*.

colonia (Nueva España) se explican fundamentalmente por provenir de un defensor de la libre empresa y enemigo del estado corporativo. No nos interesó salvar a la colonia sino que nuestra mira fue presentarla como ella apareció ante la severa mirada crítica de Humboldt; una realidad histórica despótica, teocrática, tiránica, caduca, anacrónica, incluso muerta, pero aún insepulta. A pesar de su cortesía, pese a sus prodigadas lisonjas, Humboldt nunca se mostró complacido ni se sintió cómodo durante su viaje por las provincias americanas del imperio español; el poco tiempo en que estuvo absolutamente a gusto y se mostró en abierta simpatía ante el estado de cosas que encontró fue durante su breve estancia<sup>24</sup> en la republicana Norteamérica: el modelo económico, social y político por excelencia.

Jaime Labastida pone en entredicho la validez de nuestro aserto sobre el diálogo fabuloso; sin embargo, y en abono y prueba del mismo, añadiremos que, de no admitirlo, se hace difícil comprender cómo pudo Humboldt realizar durante los 350 días que estuvo en la Nueva España (de los cuales se pasó 157 de viaje) todo lo que realizó. En los 193 días que le quedaron libres, asentado en la capital, no podría Humboldt pese a sus méritos haber recopilado, extractado y sintetizado tantos materiales (al nivel y con la amplitud con que lo hizo), sin el diálogo fecundo con sus pares en la ciencia ilustrada novohispana. Por mucha capacidad analítica que poseyera y por extremada que fuese su actividad intelectual (y de hecho la suya fue extraordinaria) no es posible pensar, si anulamos la intercomunicación entre sabios, que en los indicados 193 días pudiera hacer tan buen trabajo como el que hizo: por ejemplo las famosas *Tablas geográficas*, obsequiadas al virrey Iturrigaray, o el famosísimo *Ensayo novohispano*. ¿Sin la cartografía hispánica, cómo podría Humboldt haber convencido –es un supuesto– a Jefferson, a sus ministros e ingenieros y geógrafos, de los límites de la recién adquirida Luisiana no se extendían hasta el río Bravo? Sabemos que el padre José Antonio Pichardo, de San Felipe Neri, hombre instruido, gran matemático y excelente geógrafo, obsequió y mostró a Humboldt muchos objetos, códices y documentos, y le regaló incluso un gran mapa manuscrito de la Nueva España (de 1772).<sup>25</sup> El agradecimiento de Hum-

24 Del 19 de mayo hasta el 9 de julio. Véase nuestro “Anexo I”, en el *Ensayo*.

25 *Vid.* En la “Introducción geográfica o análisis razonado” del *Atlas de Nueva España* escribe el padre Pichardo le regaló dicha carta manuscrita de toda la Nueva España (*vid. Ensayo*, p. CXXXVI).

boldt fue tal que a ningún sabio novohispano elogió y admiró más (y eso que los hubo notabilísimos, dadivosos y en extremo ayudadores): “Ha sido para mí –escribe Humboldt en sus *Sitios*– la casa de aquel hombre instruido y laborioso, lo que fue para el viajero Gemeli la de Singüenza” (p. 264). ¿Sin el diálogo con don Fausto Elhuyar, cómo podría Humboldt haber redactado el capítulo XI del libro IV del *Ensayo político*? ¿Y cómo pudo saber de Nutka y sus habitantes sin el manuscrito de Mociño que le franqueó la amistosa obsequiosidad de don Vicente Cervantes?<sup>26</sup> ¿Y cómo no recordar que gracias al diálogo (ahora sí, el afectivo y coloquial) con el obispo de Monterrey, Feliciano Marín, pudo Humboldt hacerse desenterrar la imponente Coatlicue?<sup>27</sup> Y sin las pláticas con el obispo fray Antonio de San Miguel y con su vicario general don Manuel Abad y Queipo, amén de las lecturas de informes y representaciones que liberalmente le pusieron en las manos, ¿cómo podría Humboldt haber percibido tan claramente la injusta desigualdad que agitaba peligrosamente el tremedal social sobre el que se asentaba la estructura económica y política de la Nueva España?

Humboldt no escatimó sus elogios al referirse a las instituciones científicas novohispanas y a los sabios que garantizaban el funcionamiento de las mismas. En las *Vistas de las cordilleras* y en el *Ensayo político* abundan las alabanzas que no solamente recaen sobre científicos consagrados sino también sobre sus alumnos, algunos de ellos notabilísimos. Las epístolas mexicanas del barón prusiano muestran esa respetuosa admiración, y aunque sabemos que el sabio viajero fue en su juventud adulator en extremo y burlón de todo y de todos, creemos que no hay el menor asomo de burla ni lisonja en el agradecimiento que muestra este científico de 35 años por el gentil y desprendido ingeniero de 44, Diego García Conde: “¿Mas qué puedo hacer que presentar [números y datos] a aquel que tan generosamente me ha comunicado un tesoro de materiales preciosos para la geografía de este país?”<sup>28</sup> Podríamos multiplicar los ejemplos demostrativos del agradecimiento expreso humboldtiano, pero creemos que no será necesario supuesto que con los expuestos tenemos pruebas más que suficientes para respaldar nuestra afirmación sobre el *fabuloso diálogo* puesto en duda por el profesor Jaime Labastida.

26 *Ensayo*, p. 215.

27 *Sitios*, cit. en n. 14, p. 231.

28 Carta fechada en Xalapa, nov. 11, 1804 (*apud Tablas*, p. 104).

Escribe éste, repitiendo a Pereyra, al que no cita (ligereza imperdonable), que en nuestro tiempo y aquí en México Humboldt es “más admirado que leído” (p. 9). Empero lo que era cierto cuando escribía el historiador saltillense, no lo es hoy día por cuanto las ediciones y comentarios humboldtianos de estos años atrás y las dos ediciones del *Ensayo* puestas en circulación por la casa Porrúa ponen de manifiesto que el lector mexicano sí lee a Humboldt aunque no tanto como debiera y se quisiera. Es más, la publicación de las *Tablas geográficas* (1970), la edición de las *Vistas* (1974) y los varios libros de ensayos conmemorativos mexicanos muestran que el interés por Humboldt es hoy más vivo que nunca y que antes bien su obra es al presente más leída que admirada.

### III

Pasemos ahora a considerar las críticas más rigurosas del profesor Labastida sobre la tesis que campea, según él, en nuestro “Estudio preliminar”: “Ortega y Medina –escribe– califica de modo denigratorio a Humboldt, lo considera científico de poca profundidad, de dotes literarias vanidosas”; pero lo que sucede es que Ortega y Medina carece, así no más, de “criterio histórico” (p. 17), porque en su prólogo

no se palpa [...] el intento (siquiera el intento) de profundizar en las (siquiera posibles) aportaciones de Humboldt, comparándolas tanto con el estado de la ciencia en su tiempo como los desarrollos posteriores, sino que, de manera contundente, se califica la investigación científica humboldtiana a partir de parámetros subjetivos y de carácter personal: “vanidad”, “insaciable e inmodesta curiosidad”, “experimentos superficiales y aun superfluos” a causa de una “morbosa circunstancia inquisitiva”, “tornadizo gulusmeo”, etcétera. Nada en cambio verdaderamente crítico sobre Humboldt: su labor científica queda descartada de un plumazo (p. 17).

Observe el lector que la técnica censoria es la misma que aplicó el crítico a Stevens-Middleton: imputación no por lo que se ha escrito sino por lo que no se ha escrito. Recurriendo además al desacreditado método de entresacar conceptos y palabras aisladas del contexto a que pertenecen, se construye con ellos un plexo referencial con el que se intenta convertirnos en un adversario

irreflexivo, detractor y gratuito, patriotero incluso de Alejandro de Humboldt, al que ninguneamos, maltratamos adjetivamente, rebajamos como hombre de ciencia y rechazamos como científico descubridor. Mediante esta técnica maniquea el profesor Labastida se convierte en hombre bueno, en tanto que defensor de los merecimientos científicos del barón de Humboldt; y Ortega y Medina es el malo supuesto que no se aviene a reconocer todos los méritos que el defensor imagina. Mas de acuerdo con el esquema que nos trazamos en nuestro prólogo no teníamos por qué considerar los atisbos científicos de Humboldt en el mismo plano excesivamente reverencial y entusiasta que el profesor Labastida.

Pero antes de proseguir por la vía crítica de la réplica científicista, ven-gamos a la literaria. Se nos censura de haber tildado injustamente a Humboldt de *vanidoso* por lo que toca a sus dotes de escritor. Pues bien, solamente que-remos recordar al profesor Labastida los juicios de Schiller y Arago (recogidos en nuestro prólogo) sobre este punto, y añadir además lo que todo humboldtista sabe acerca del autor del *Genio ródico*: que durante toda su vida mostró gran preocupación por su estilo literario y atosigó a sus íntimos con problemas estilísticos. Por ejemplo, en una carta a su amigo Vernhagen le comunica que intenta crear una verdadera imagen del universo; pero que solamente lo podrá lograr cuando *sus medios expresivos* (el alemán) estén en consonancia con la sublime creación.<sup>29</sup> Más aun, en *Aspectos de la naturaleza*, indudablemente la más hermosa de las obras de Humboldt desde el punto de vista literario, sostiene éste que “el tratamiento estético de objetos naturales e históricos da lugar a grandes dificultades de la composición, pese a la fuerza magnífica y a la flexibilidad de nuestro idioma patrio”.<sup>30</sup> Intentó pues Humboldt fundir el

29 En esta carta misma del 28 de abril de 1841 le amplía además a su amigo que “a la retórica ha de mezclarse constantemente la descripción simple y científica. Así es la naturaleza misma. Las estrellas resplandecientes alegran y entusiasman y, sin embargo, todo gira en el firmamento en figuras matemáticas. Lo principal es que la expresión sea siempre noble; entonces no ha de faltar la impresión de la grandeza de la naturaleza”.

30 Prosigamos el texto: “La riqueza de la naturaleza ocasiona el amontonamiento de imágenes aisladas y el amontonamiento rompe la tranquilidad y la impresión total del cuadro. Correspondiendo al sentimiento y a la fantasía, el estilo degenera fácilmente en una prosa poética. Estas ideas no requieren aquí de ningún desarrollo, pues las páginas posteriores ofrecen muchos ejemplos de estas confusiones, de esa carencia de una posición”. *Cfr. Ansichten der Natur*, Stuttgart y Tubinga, 1849, I, p. VII-IX.

lenguaje coloquial diario con el literario de su tiempo (romanticismo) y con el científico de nuevo cuño para obtener un instrumento eficaz que estuviera a la altura de las tareas literarias del porvenir; pero sólo consiguió como le disputó Guillermo Grimm, interpolar un excesivo número de descripciones paisajistas que interrumpen la acción y desplazan a otros elementos más importantes. Y Grimm lo decía no solamente por el científico sino también por el poeta favorito de éste: Bernardino de Saint-Pierre.<sup>31</sup> A pesar de la adjetivación visual de Humboldt, a pesar de su cromatismo descriptivo y de su polifonía tropical expresiva, no pudo librarse de la vacía verbosidad, como puede verse en sus *Cuadros, Vistas, Viaje americano*, etcétera. Él mismo atestigua en su *Relación histórica* que no tuvo éxito en separar las observaciones detallistas de los resultados generales que interesan a todos los hombres ilustrados. Incluso en su famoso *Cosmos*, florecimiento tardío de la ilustración –insistamos en ello– se siente abrumado el lector por la riqueza de datos y materiales incontrolados por el octogenario Humboldt, perdidos en lo ilimitado o infinito, que dan lugar a una lamentable confusión estilística. El propósito último humboldtiano de llegar a una síntesis del fenómeno literario e incluso de construir una especie de *física literaria* semejante a la *física histórica* de Herder fue, a fin de cuentas, un inútil, vano y fallido esfuerzo; lo que acaso explica que el *Cosmos* quedara sin terminar.<sup>32</sup>

Y vengamos ahora al punto de la crítica científica que dejamos suelto renglones arriba. ¿De dónde se ha sacado el profesor Labastida que nosotros hemos rebajado y hasta negado los valores y alcances científicos de Alejandro de Humboldt? El celoso y fogosísimo crítico oculta intencionalmente al Humboldt que, pese a sus limitaciones, presentamos en las páginas de nuestro prólogo cuando subrayamos su asombrosa capacidad para el trabajo intelectual y de campo, su extraordinaria habilidad para sintetizar, seleccionar y aprove-

31 En el *Cosmos*, por ejemplo, las *larguísimas pinturas verbales* entorpecen la lectura, y en la *Relación histórica*, según Minguet (autor favorito e inspirante de nuestro pugnaz crítico), la lectura asimismo se entorpece porque “le récit est submergé par un flot de consideration très diverses, d’observations et de déterminations scientifiques, de references bibliographiques, etc.” (p. 104). En suma, y siguiendo al crítico francés, porque Humboldt, pese a todo, no logra separar netamente la exposición de los logros científicos de la relación cronológica propiamente dicha (*ibid.*).

32 Véase Cedric Hentschel (autor al que hemos consultado con gran provecho sobre puntos de literatura humboldtiana), “Sobre la síntesis de literatura y ciencia natural”, en Meyer-Abich, *op. cit.*, p. 103-145.

char las fuentes de información y, sobre todo, su curiosidad de insaciable e inquieto lector, que le permitió estar al día en no importa qué ciencia, asunto o materia. Indicamos a continuación de nuestro prólogo que no hubo ciencia o saber de su tiempo que no atrajera su siempre insatisfecha e inmodesta curiosidad y consideramos asimismo que nadie puede negarle a Humboldt “algunos adelantos, innumerables descripciones de plantas [y atisbos científicos en fitogeografía, climatología y aquí se pueden incluir todas las *isocualesquiera* cosas que el profesor Labastida juzgue necesarias], geología, botánica, zoología, mineralogía y cartografía”.<sup>33</sup> Añadimos asimismo que “el *Ensayo* prestó también inmensos servicios al mundo civilizado por la rica información que proporcionaba de una región del globo desconocida prácticamente hasta entonces”<sup>34</sup> y que su autor fue un notable representante de la ilustración europea en tanto que poseedor de dos saberes: el científico y el humanista. Sostuvimos también en nuestro prólogo que durante su estancia en Nueva España “realizó un formidable y fecundo trabajo de investigación”.<sup>35</sup>

Por supuesto dijimos y escribimos muchas más cosas sobre Humboldt y su obra en nuestro prólogo, que por pudor intelectual nos abstenemos de repetir aquí. Humboldt, seguimos y seguiremos sosteniendo mientras no se nos demuestre lo contrario (el *Humboldt, ese desconocido* no derrumba ni tambalea siquiera nuestra tesis), fue precursor de muchas cosas y descubrió algunas otras; vislumbró otras tantas y dio los primeros pasos científicos que otros lograron posteriormente completar, ya porque tuvieron más suerte o porque preservaron en su único propósito. A esto debemos añadir que Humboldt hizo aportaciones valiosas para la historia, la geografía, la sociología, la arqueología y la cultura mexicana, pero que separando las aportaciones positivas, ya aireadas y exprimidas al máximo, lo que resta ha quedado hoy anticuado y por lo tanto inaplicable para la realidad mexicana de hoy día. Lo que nos resulta más que curioso es que a pesar de sus amargos reproches nuestro crítico coincide con nosotros en estimar que Humboldt fue un científico destacado (de talla universal, escribe Labastida), “aunque sus aportaciones, metodología y concepción general estén ahora en su mayor parte superados” (p. 29) y en que, antes que nada fue un precursor; después de un sistematizador (p. 11).

33 Prólogo al *Ensayo*, p. XIII [p. 228 y 299 del presente volumen].

34 *Ibid.*, p. XLVII [p. 271 del presente volumen].

35 *Ibid.*, p. XLIII [p. 267 del presente volumen].

El propio Humboldt respalda *a priori* nuestras palabras y las del crítico cuando escribe no sin cierta amargura lo que ya recogimos en nuestro prólogo. “He sido más útil por las cosas y los hechos que he relatado y por las ideas que he despertado en los demás, que por las obras que yo mismo he publicado”.<sup>36</sup> En cierto modo la despechada sentencia de Schiller sigue vigente: “a pesar de su talento e incesante inquietud nunca aportará [Humboldt] a la ciencia nada realmente importante”.<sup>37</sup>

Creemos que nosotros fundamentamos en nuestro prólogo la incapacidad de Humboldt para insistir y profundizar sobre un fenómeno o tema hasta alcanzar sus raíces, es decir, hasta lograr su explicación normativa general aplicable a todos los casos. Lo que nos asombra es que el profesor Labastida se oponga a esta interpretación crítica cuando él mismo sostiene que Humboldt “no pudo alcanzar tres aspectos fundamentales que sólo vislumbró: 1) la evolución orgánica, 2) la evolución geológica y 3) las leyes y el método dialéctico” (p. 13), y que, por consiguiente, “permaneció en el umbral de las mismas” (p. 68). En nuestro prólogo utilizamos varios ejemplos ilustrativos de esta impotencia científica humboldtiana debida a su empeño por abarcar muchos conocimientos en lugar de profundizar en unos cuantos. A nadie mejor que a Humboldt conviene la fórmula de Plinio, pero interpretada al revés: *multa, non multum*.

Como el profesor Jaime Labastida se refiere al interés de Humboldt por la electricidad y por los experimentos galvánicos (p. 12, n. 4), aprovechamos la ocasión para exponer un ejemplo más de esa ingénita y filosófica incapacidad de Humboldt (pese a su *materialismo y empirismo razonado* procedentes de Diderot y del enciclopedismo, según fundamenta Charles Minguet y repite e ilustra su plagiador Jaime Labastida) para ahondar en un determinado problema. En 1797 publicó el sabio los resultados de sus *Experimentos sobre los efectos del galvanismo en las fibras musculares*, los cuales muestran que en la naturaleza, además de los tipos morfológicos que la constituyen, están presentes los procesos físicos sólo cognoscibles mediante la experiencia, es decir, ateniéndose a la divisa atribuida a Galileo: “mide lo que pueda ser medido y haz medible lo inmensurable”. El joven Humboldt consideró tales experimentos como su gran trabajo en la ciencia física, los cuales acabaron

36 *Cit. ibid.*, p. XII [p. 227 del presente volumen].

37 *Idem*.

siendo para él un palpable y amargo testimonio de su impotencia. El concepto de electricidad animal sustentado por Galvani y aceptado a medias por Humboldt quedó desacreditado con la invención de la pila eléctrica por Volta. Humboldt, que de hecho *preinventó* la pila, se sintió avergonzado por no haber distinguido suficientemente entre fenómenos puramente fisiológicos y puramente eléctricos. Él, que incluso había puesto su salud en peligro experimentado sobre su propio cuerpo, se entristeció muchísimo cuando comprendió cuán cerca había estado del invento si hubiese desechado la presencia en sus experimentos los tejidos fisiológicos. Fue un fracaso que nunca se perdonó ni pudo olvidar.<sup>38</sup> Con referencia a la estructura geológica de la corteza terrestre, convendrá el profesor Labastida en que el empeño de Humboldt por relacionar el vulcanismo con la sismicidad indica cuán feble fue su idea sobre los movimientos ocasionados por otras causas tectónicas.<sup>39</sup>

Aunque el profesor Labastida no lo crea, sus coincidencias con nosotros son bastantes más de las que él mismo se sentiría inclinado a otorgar. De tanto arremeter contra nosotros y de tanto enfrascamiento crítico no se ha dado cuenta de la relativa proximidad de sus ideas de 1974-1975 con las nuestras de 1960 y 1966. Escribe él que la obra de Humboldt viene a ser como “el antecedente inmediato de la concepción dialéctica de la materia” (p. 12-13) y aunque nosotros no nos atrevimos a llegar tan lejos hacia la segunda fecha, es indudable que un crítico menos cegado y más benevolente hubiera, *siquiera* con cierta voluntad, comentado el párrafo que consagramos, así sea alusivamente, a la dialéctica humboldtiana. Labastida sostiene que “la dialéctica [de Humboldt] pone el acento en el *equilibrio* (la unidad de los contrarios) y no en el *proceso* (la lucha de contrarios)” (p. 58). Nosotros escribimos que, de acuerdo con Humboldt, “esta fuerza o fuerzas que en juego dialéctico de contrarios se atraían o repelían al igual que ocurría con los fenómenos eléctricos y magnéticos [...] llevaban a la síntesis o al *equilibrio* y armonía universales que se hacían patentes en la naturaleza como un orden prescrito en la misma y que atañían por igual al mundo físico como al moral o político: una necesi-

38 Podemos considerar otro semifracaso su invención de la “luz inextinguible”, que incluso le salvó la vida en una mina alemana, y que fue un anticipo de la famosa lámpara minera de Davy. También inventó una mascarilla que fue el modelo previo para la moderna máscara de antigás.

39 Vid. M. Maldonado Koerdell, “Humboldt y las ciencias de la tierra”, en *Anuario de Geografía*, IX (1969).

dad primordial gobernaba a las fuerzas inherentes a la materia y a las del mundo moral”.<sup>40</sup>

En otro lugar de su prólogo sostiene que Humboldt buscaba “la conexión universal de los fenómenos, la unidad de la diversidad, la ley de sus manifestaciones diversas” (p. 11); lo cual, si bien se mira, viene a ser sino igual, si quiera parecido a lo que expresamos asimismo antes que él: “Humboldt acogerá con entusiasmo la introducción de la naturaleza del fundamento holista ideado por Schelling, y según el cual un mismo principio legal regia a la naturaleza orgánica y a la inorgánica”.<sup>41</sup> Humboldt, es cierto, llegó a superar el vitalismo dogmático de la *bis vitalis*, pero no recayó en el obcecado mecanismo de aquellos días. Gracias a su filosofía holista comprendió a la naturaleza viviente como un todo normativo, activo y creador.

Una otra aproximación que merecía haber sido subrayada, sin duda, por nuestro crítico, es el papel desempeñado por Adam Smith en el *Ensayo*, dado que dicha obra es de economía política (p. 15). En nuestro prólogo subrayamos la presencia del economista inglés y añadimos además que Humboldt conoció también *la teoría de los sentimientos morales* del mismo autor supuesto que las ideas filosóficas y sociales de la misma, fundamento ético de las teorías económicas asoman de vez en cuando en el *Ensayo*,<sup>42</sup> un hecho en el que no ha querido reparar nuestro crítico.

Hasta cuando el profesor Labastida está de acuerdo con nosotros no deja de advertir alguno que otro pelo en nuestra sopa. Hemos intentado desde la primera vez que nos acercamos críticamente a la obra de Humboldt de desdulcorar al personaje, despojarlo de los adornos retóricos, discursivos con que el siglo XIX mexicano garapiñó al sabio, y disolver la espesa nube de elogiado incienso, que nos lo ocultaban, nos impedían verlo en su generosa escala humana. Para decirlo con la expresión del propio profesor Labastida, había que desmitificar a Humboldt en tanto que exclusivo héroe cívico-cultural, demiúrgico y prometeico; pero de todos modos el profesor, que está de acuerdo en esto, no lo está en “el modo que empleamos en tal desmitificación porque así no permitimos la comprensión real del autor” del *Ensayo político* (p. 19). la crítica a nuestro prólogo alcanza ahora *Humboldt desde México* (1960) que

40 Prólogo al *Ensayo*, p. X [p. 224-225 del presente volumen].

41 *Idem*.

42 *Ibid.*, p. XIII [p. 229 del presente volumen].

es donde llevamos a cabo la desmitificación aludida, de la cual solamente hicimos una apretada glosa en nuestro “Estudio preliminar”.

Lo que sí nos parece un tanto temerario y si se nos apura mucho hasta malinchista eso es tener, como lo hace nuestro Catón, lo siguiente: “Cabe decirlo con toda honestidad: nadie, en Nueva España, a fines de la colonia, nadie estaba en condiciones de elaborar un trabajo de la calidad magnitud y sentido del ensayo político” (p. 28). “Ninguno de nuestros ilustrados –prosigue impertérrito el crítico– estaba en condiciones de hacer las aportaciones generales hacia la ciencia y a la comprensión del país que hizo Humboldt” (p. 29).

Para nosotros, en cambio, fue Humboldt en la Nueva España de 1803 un sabio entre sabios, y suponer que entre ella nadie había sido capaz de redactar una obra semejante al *Ensayo* es, a nuestro entender, confundir las posibilidades financieras y publicitarias del Humboldt millonario y “parisino” con capacidad científica. Nadie, por supuesto, hubiera podido escribir el *Ensayo* desde dentro sin la debida autorización mas no por falta de capacidad sino por exceso de recelo político por parte de las autoridades imperiales hispánicas. El profesor Labastida ignora, pongamos por caso, que José Antonio Alzate solicitó de las autoridades matritenses el permiso para escribir lo que bien pudiera haber sido la primera geografía de la nueva España. Por supuesto, y por demás está decirlo, no se le concedió al sabio novohispano el permiso solicitado. A esta censura o restricción previas, por las que tantas obras manuscritas tuvieron que esperar incluso siglos y aguardar vientos más liberales para ver la luz, hay que añadir la proverbial incapacidad crematística de los sabios y autores hispánicos, pues ninguno pudo disponer como dispuso Humboldt de un patrimonio caudalosisimo que gastó casi íntegra y generosamente en viajes científicos y en hacer sudar las prensas con la impresión de sus obras. Añádase a esto la posibilidad para Humboldt de poder vivir en el ombligo cultural de Europa, en París, rodeado de instituciones científicas y de sabios que no tenían por entonces casi par en ninguna otra nación europea.

Empero será suficiente citar la obra extraordinaria del “Humboldt del río de la plata”, don Félix de Azara (1746-1821) para desmoronar como castillito de arena el juicio regional, ligero, horro e indocumentado de nuestro aristarco. Azara dejó una obra excepcional donde no se sabe si alabar más del rigor de su método científico de información o su capacidad para organizar en síntesis el material copioso. Catorce años de recorrido oficial por lo que hoy son Argentina, Uruguay, Paraguay y la frontera brasileña le permitieron redactar su

*Voyages dans l'Amérique méridionale depuis 1781 jusqu'à 1801.*<sup>43</sup> Cinco obras más de Azara han sido el día de hoy publicadas<sup>44</sup> y todavía quedan inéditas su *Descripción histórica, física, política y geográfica* y la *Geografía física y esférica de las provincias del Paraguay y misiones guaraníes*. Si esta increíble hazaña científica fue posible en el virreinato del Río de la Plata, pobre culturalmente atrasado si lo comparamos con el novohispano, debemos pensar que no se podría haber hecho en la Nueva España siempre y cuando que las autoridades imperiales hubiesen dejado a un lado sus temores y recelos y hubieran estado dispuestas a sufragar los gastos tal y como se hizo para las tres expediciones botánicas a América.

Por último tenemos que confesar lealmente que nos parece muy bien que el profesor Jaime Labastida se preocupe, estudie e investigue sobre la parcela científica de Humboldt que a él le parece abandonada y carente de cultivo;<sup>45</sup> pero también creemos sinceramente que no tiene sentido su extremado criticismo frente a autores que han laborado con éxito sobre otros temas humboldtianos y han logrado cosechar no despreciables. Nosotros, como por desgracia no poseemos el caudal preciso de conocimientos y técnicas científicas para abordar a Humboldt por el lado de la ciencia, dejamos en tarea a personas duchas en tales menesteres, porque nos parece inmoral intentar hacer ciencia crítica sin poseer el equipaje científico mínimo con el que asegurar el éxito de la empresa intelectual. Que sepamos, nadie se ha de oponer a que el profesor Labastida siga investigando por el lado que a él le parece inédito y que sólo lo es *casi*. Esperamos con expectación sus futuras contribuciones para beneficio de la historia de la ciencia mexicana y humboldtiana.

Septiembre de 1975

43 Edición de París (1804), con notas del gran Cuvier y de Sonni. Mereció ser en seguida traducida y editada en Berlín (1810), Leipzig (1811), Milán (1817), Turín (1830) y Madrid, tarde como siempre, en 1850.

44 Hacia 1806 concluyó Azara la *Descripción e historia del Paraguay y del Río de la Plata* (Madrid, 1847, 2 v.), reimpresa en Asunción (1896) y Buenos Aires (1943). En 1802 publicó Azara *Apuntamientos para la historia natural de los cuadrúpedos del Paraguay y del Río de la Plata*, y a continuación en sus *Apuntamientos para la historia natural de los pájaros del Río de la Plata* (Madrid, 1847 y Buenos Aires, 1948).

45 Resulta patente el humboldtismo oportunista y superficial del crítico cuando ni siquiera de oídas conoce los trabajos científicos incluidos en el *Anuario de Geografía, cit.*, cuyo colofón lleva la fecha de 1971.